
25 AÑOS DE COOPERACIÓN, DEL VOLUNTARISMO A LA PROFESIONALIDAD

SORAYA RODRÍGUEZ RAMOS*

Hace 25 años, allá por 1986, aquello que luego se definió como cooperación internacional oscilaba todavía entre la caridad, el asistencialismo y la buena voluntad de organizaciones y de personas dedicadas a la lucha contra la pobreza en el mundo y a la defensa de los derechos humanos básicos en cualquier lugar. España acababa de dejar atrás una larga y compleja transición democrática y el país reorientaba, entre otras cosas, su política y su acción exteriores. Las imágenes de cooperación internacional de aquella época reflejaban a escolares con huchas pidiendo fondos para erradicar el hambre en África, a mochileros que participaban en campañas de alfabetización en América Latina o a médicos que utilizaban sus vacaciones para realizar intervenciones quirúrgicas en países pobres. Se trataba de esfuerzos muy meritorios, pero que no formaban parte de un diseño común ni de una estrategia como país.

Entretanto, al compás de la consolidación democrática española, la cooperación internacional se convirtió en un fenómeno emergente que comenzó a implicar a muchos ciudadanos, de todas las edades, ideologías y procedencias, y que suscitó la atención de los organismos públicos, desde el Gobierno a los ayuntamientos pasando por las comunidades autónomas o las universidades. Este proceso vino motivado y acompañado por el surgimiento y expansión de las Organizaciones No Gubernamentales (ONG) que derivaron en una de las principales fuerzas de la sociedad civil organizada en España. Desde pequeñas ONG con sede en pueblos hasta grandes e históricas potencias como Cruz Roja, Cáritas, Acción contra el Hambre o Médicos sin Fronteras, todas ellas despertaron las simpatías de amplias capas sociales y, en especial, de las generaciones más jóvenes. Este crecimiento de la solidaridad y de la preocupación por los países en vías de desarrollo recibió, a lo largo de los años noventa y sobre todo a comienzos del siglo XXI, un respaldo social masivo que, incluso

* Secretaría de Estado de Cooperación Internacional.

en la actualidad y a pesar de la crisis, se ha mantenido en España. De hecho, alrededor del 70 por ciento de la población española, según las últimas encuestas más rigurosas, se muestra partidaria de mantener o de incrementar la ayuda oficial al desarrollo (AOD) y la política de cooperación con los países más desfavorecidos del mundo.

A lo largo de ese camino, por supuesto que ha cambiado también la tipología del cooperante español. Cabe reseñar, en cualquier caso, una diferencia fundamental entre cooperante y voluntario, que la inmensa mayoría de la opinión pública desconoce. Cuando hablamos de cooperantes (España cuenta en la actualidad con unos 2.300 censados) nos estamos refiriendo a profesionales que trabajan para el Gobierno español u otros organismos públicos o para ONG. En cambio, definimos como voluntarios a una incalculable amalgama de ciudadanos que colaboran con la cooperación a tiempo parcial, en sus vacaciones o en proyectos concretos, pero que no cuentan con una relación laboral ni contractual con las tareas de la cooperación. Por poner dos ejemplos, sería cooperante un médico destinado en un país extranjero y pagado por un organismo público o una ONG. Por otra parte, sería voluntario un profesional de la sanidad que acudiera a prestar sus servicios, de forma altruista, durante sus vacaciones o su año sabático.

El retrato-robot de los cooperantes españoles, hoy en día, dibuja una mayoría de mujeres entre los 25 y los 45 años, profesionales que hablan idiomas y que cuentan con una sólida formación universitaria. El 58 por ciento desarrolla su tarea en países de América Latina, el 20 por ciento en África y el resto en otras partes del mundo. La mayoría de ellos trabaja para ONG para el desarrollo españolas o extranjeras, si bien un sector de los profesionales de la cooperación colabora directamente con la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID) o para organismos multilaterales de la ONU o de la Unión Europea. Los cooperantes están dispuestos a asumir riesgos de todo tipo, suelen implicarse a fondo en los países de destino y casi todos permanecen ligados a la cooperación a lo largo de su trayectoria profesional y vital. Tanto la oferta como la demanda de cooperantes han crecido sustancialmente en los últimos años y los requerimientos de las entidades financiadoras, sobre todo públicas, y la necesidad de enlaces entre las ONG españolas y sus contrapartes en los países destinatarios de la cooperación, plantean la exigencia de profesionales del desarrollo.

Esta evolución, que ha convertido la cooperación internacional en un auténtico fenómeno emergente, ha puesto de relieve la importancia de la formación universitaria y, básicamente, de los másters y los cursos especializados. En ese sentido, el papel de las Universidades se ha revelado como fundamental,

y desde el Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación hemos respaldado en los últimos años proyectos e iniciativas en esta línea y hemos alentado el funcionamiento de instituciones ya consolidadas como el Magíster en Cooperación Internacional del Instituto Universitario de Desarrollo y Cooperación de la Universidad Complutense de Madrid (IUDC-UCM). Cabría agregar asimismo que el espectacular crecimiento de la AOD española, que pasó del 0,23 por ciento al 0,47 por ciento de la Renta Nacional Bruta entre 2004 y 2009, y que sólo ha sido frenado por la terrible crisis económica que todavía padecemos, ha llevado a la exigencia de una reflexión teórica sobre la cooperación. Inmersos en el día a día y más pendientes de la gestión práctica que del análisis de fondo, los actores de la cooperación necesitamos del pensamiento universitario para ordenar, revisar y planificar nuestro cometido. Compromiso ético y vocación por la ayuda a los más desfavorecidos suelen combinarse en el trabajo de los teóricos de la cooperación y su labor adquiere mayor relevancia de cara al futuro.

Desde el año 2004, los Gobiernos socialistas hemos impulsado un espectacular aumento presupuestario en la cooperación internacional, reconocido por las propias Naciones Unidas y por la sociedad civil española agrupada en las Organizaciones No Gubernamentales. No obstante, los terribles efectos de una crisis profunda y persistente han impedido mantener ese esfuerzo, que respondía a una voluntad política, a un compromiso ético y a una etapa de bonanza económica. Por ello, el Gobierno del que formo parte se vio obligado a recortar los presupuestos en cooperación de modo que el objetivo de destinar el 0,7 por ciento de la Renta Nacional Bruta para Ayuda Oficial al Desarrollo, que nos habíamos planteado para el año 2012, debe trasladarse a 2015, al igual que han hecho nuestros socios de la Unión Europea. He comentado públicamente en varias ocasiones que la política de cooperación se basa en voluntad política y en recursos económicos. La primera condición sigue siendo un eje de este Gobierno de tal forma que cuando se recupere la economía española, volveremos a crecer en cooperación.

Ahora bien, siempre puede convertirse la necesidad en virtud y estos necesarios recortes en cooperación para recuperar la economía nos conducen a una estrategia de mejora en la calidad y la eficacia de la ayuda al desarrollo. En este sentido, el crecimiento cuantitativo requiere de un aumento cualitativo en los instrumentos de gestión y en las fórmulas de la cooperación.

De nuevo aquí se requiere de la participación y de la implicación de las universidades y de los profesionales que forman los máster como el del IUDC, que ahora cumple 25 años. Así pues, el debate universitario sobre la cooperación figura entre las prioridades para los próximos años. Porque está claro que

sin reflexión teórica no puede mejorarse la cooperación. Por otro lado, estas convicciones nos han llevado y nos llevan también a plantear mecanismos innovadores para financiar la cooperación que pasan por la introducción de tasas sobre transferencias internacionales que puedan destinarse posteriormente a Ayuda Oficial al Desarrollo. Se trata de una propuesta que España defendió en la cumbre sobre los Objetivos de Desarrollo del Milenio del pasado septiembre en Naciones Unidas y que sigue sobre la mesa de discusión del G-20 y otros organismos multilaterales.

La cooperación debe proyectarse de cara al futuro, más allá del asistencialismo o de las emergencias por catástrofes naturales o conflictos bélicos. Se trata de una acción exterior que se desarrolla día a día, en multitud de países y en un abanico que abarca desde la sanidad a la educación, pasando por la agricultura, la igualdad de género o los derechos humanos. Hemos de lograr entre todos que la cooperación no sólo sea noticia tras el terremoto de Haití, sino que ocupe el lugar que se ha ganado a pulso en la atención de los medios de comunicación o en los planes de estudio universitarios. Por ello quiero aprovechar esta tribuna, que me brinda el IUDC, para emplazar a las nuevas generaciones de estudiantes a que se impliquen en la cooperación a partir de su compromiso ético y de su formación como profesionales. La cooperación internacional española necesita cada día más cuadros que puedan dirigir una acción exterior presente en toda América Latina, en buena parte de África y en otras regiones del mundo. Por todo ello me felicito por este cumpleaños del Magíster en Cooperación Internacional del IUDC-UCM.